

—Oiga usted, Gontrán; si vino usted á pedirme dinero, hable usted.

—¡A pedirte dinero!

Gontrán, que estaba sentado, se levantó y avanzó furioso hacia Lucía; asíóla de ambas manos y la hizo volar en torno suyo como en un vals infernal.

—¡Pedirte dinero!—repitió.—¡No haría eso... ni aun cuando con ello hubiera de comprar un vaso de agua para no volverme rabioso!

Lucía se había escapado de manos de Gontrán y había llamado.

—Acompañe usted á la puerta á ese caballero,—dijo, de nuevo.

Era preciso matar á la mujer ó marcharse.

Gontrán se marchó.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. "FERRAZ"
"ALFONSO" 1878
No. 1625 MONTEPREY, MEXIC.

XX

La fiesta bajo el ciprés

Al siguiente día era el santo de la comedianta.

El hotel de la calle de Courcelles fué asaltado por ramilletes. El príncipe, que pagaba bien, quiso que los músicos de la orquesta de los Bufos fuesen á dar una serenata á su belleza, no obstante llover á cántaros.

Lucía nunca sintióse tan feliz. Triunfaba en el teatro, triunfaba en el Bosque, vencía á las *demimondaines* por toda la estación; porque ¿dónde encontrar un príncipe tan loco como el suyo?

Aquel día, hacía las doce de la mañana, la señorita

Staller dijo á su madre, conforme se sentaban á la mesa para almorzar:

—¿No has visto á Gontrán?

—No, pero sé que está en su cuarto. Le he visto no hace mucho á su balcón.

—¿Por qué no viene?

Al pronunciarse estas palabras, Gontrán se presentó á la puerta del comedor.

—Prepárate, Gontrán,—le dijo dulcemente su madre.

—Iremos dentro de poco al cementerio. ¿No vendrás con nosotras?

—¿Al cementerio? Sí, sí, iré,—dijo Gontrán.

Abrazó á su madre y á su hermana.

—¡Qué! ¿No te sientas á la mesa?

—En seguida. Empezad. Voy por los cigarros.

Y Gontrán salió.

—¡Cuán pálido estás! ¿No es así, mamá?

—Si Dios no pone algo de su parte, no le salvaremos.

Gontrán no había subido por los cigarros. Estaba en la postrer estación de su cruz: iba á morir. Su pistola, la pistola de Lucía, le esperaba.

Ni aun se tomó el trabajo de encerrarse.

—Sí,—repitió al coger el arma,—sí, iré al cementerio.

La doncella, que pasaba por delante de su cuarto, exclamó:

—¡Señorito! ¿Qué hace usted?

—¡Silencio!—dijo Gontrán.—Tengo un duelo á muerte. ¡Cuidado con hablar!

Y le enseñó la pistola.

—Es todo lo que me queda de mi fortuna.

—Sí,—dijo la joven.—Y sabido es quién se la ha dado.

—¡Me favorecerá!

Una detonación resonó en el hotel Staller.

Pareció á la pobre madre que aquél era para ella el golpe mortal; corrió al cuarto de su hijo con el presentimiento de su desgracia.

Vió á Gontrán tendido en el suelo, manchado de sangre. Gritó, se lanzó sobre su hijo, quiso abrazarle... Se desmayó...

La *Imitación de Cristo* estaba sobre su mesa, pero él no la había abierto.

Junto á este libro, cuando la señora Staller volvió en sí en brazos de su hija, reconoció la letra de Gontrán.

—Léeme eso,—dijo á la joven.

La señorita Staller leyó estas palabras, escritas con mano febril:

«Adiós, madre mía; adiós, hermana mía. Voy á pedir perdón á mi padre.»

—No, no eso,—dijo la madre;—hay otra carta.

—¿Dónde?

—¡Te digo que hay otra carta!

La señora Staller tenía la doble vista.

Revolviendo los papeles de la mesa, la señorita Staller halló, efectivamente, un sobre cerrado, en el que decía:

«*Señor Raúl de Oraie.*»

—En esa carta,—dijo la madre,—hay otra; porque Raúl era el confidente de Gontrán.

Rompió el sobre y encontró, efectivamente, otro dirigido á Lucía.

—¡Leeré esa carta!—exclamó la madre.

Abrió el sobre y leyó estas líneas:

«Regójate, Lucía! No volverás á ver mi rostro, que indudablemente habría ensombrecido tu felicidad. Cuando leas estas palabras, me habré ya hecho justicia. He



olvidado pedirte mis cartas. Raúl irá á recogerlas para quemarlas, si es que tú no las has quemado ya. Sé leal ante mi muerte. Me has dicho que jamás se separó de ti aquel ramillete fatal, que fué mi ruina y que ha hecho la desgracia de los míos: llévale á mi tumba y aspira el aroma de esas violetas, que te envió por medio de Raúl. La muerte no inspira el odio. Inspira el perdón. ¡Adiós! Sé feliz y acuérdate de que nos hemos amado mucho. Me mato con la pistola que me diste, porque me entregaste á la vez con ella la muerte y el amor.

»Gontrán.»

—¡Oh! ¡La locura del amor! ¡La locura! ¡la locura! ¡la locura!—dijo la madre, soltando aquella carta y arrojándose ante su hijo.

XXII

El espectro del banquete

Cuando Raúl de Oraie se presentó, obedeciendo á la última voluntad de Gontrán, en casa de Lucía, para darle un ramillete de violetas, con la carta de adiós y pedirle las cartas del muerto, la comedianta dejó escapar un grito muy digno de la historia.

—¡Cómo! ¡Se ha matado! ¡Se ha matado el día de mi santo! ¡Como si no hubiera podido dejarlo para mañana!

Tenía una comida de doce cubiertos; había invitado á los más bellos nombres de la juventud dorada. ¡Cuántos que iban le reprochaban no haber recibido invitación! Pero ella había dicho de antemano: